

Las hermosas claraboyas del siglo XIII, tan primorosamente trabajadas y á tanta costa, se han reputado inútiles y están la mayor parte tapiadas por el interior. El siglo XV, aunque menos tolerante de lo que se cree, demostraba más genio en sus restauraciones. Dígalo la graciosa torre de S. Nicolás de la Villa (1), que parecía un elegante alminar árabe á no haberle añadido el rústico campanario que la afea.

La misma dolorosa observación puede hacerse respecto de la arquitectura de los conventos y capillas. Aquellos soberbios edificios de S. Pablo y S. Francisco, Stos. Acisclo y Victoria, Trinitarios Calzados, S. Agustín, etc. (2), nada apenas conser-

según ya en otro capítulo advertimos, plausibles obras que pudiéramos llamar de *descombrado*, merced á las cuales han venido al suelo los deformes costrones que tenían enmascarados los preciosos miembros arquitectónicos del estilo ojival del siglo XIII, y se ha realizado por completo nuestro anuncio de hace treinta años, de que la decoración arquitectónica de la época de la reconquista, estaba sepultada, entera é intacta, bajo las masas de cal y canto de los modernos arcos de medio punto, platabandas, cornisas, pilastras, bóvedas cilíndricas, y demás arcos de la insípida decoración greco-romana.

(1) Esta torre fué edificada por el obispo D. Íñigo Manrique, comenzada según tradición en 1494, y terminada, según la inscripción gótica que se puso en ella, en 1496. La tradición refiere que el alcaide de los Donceles D. Diego Fernández de Córdoba, cuya casa, vecina á esta iglesia, recibía molestias de los albañiles que fabricaban la torre, después de haber inútilmente reclamado del obispo la suspensión de la obra, fué una noche con sus criados y peones, y hundió todo lo que los operarios tenían fabricado. Sabedor el prelado del caso, mandó levantar la fábrica de nuevo. Cuánto trabajaban los albañiles de día, otro tanto deshacían por la noche el caballero y su gente. Mediaron comunicaciones, y viendo D. Íñigo Manrique que el alcaide no hacía caso, le declaró descomulgado. Hubo recurso al rey, luego al consejo con demanda formal interpuesta por el caballero; y durante su resolución la obra estuvo parada. Concluido el pleito, se dió sentencia á favor del obispo, y mandó el tribunal se siguiese la fábrica de la torre, previniendo á los maestros que la dirigían que se pusiesen en las ochavas de su cuerpo principal, mirando á la casa de D. Diego Fernández de Córdoba, dos efigies en ademán de postradas, cargando sobre sus espaldas el peso de la fábrica restante, y que debían de ellas se grabasen estas palabras: á un lado PACIENCIA, y al otro OBEEDIENCIA: dando á entender al caballero y á sus sucesores la paciencia que habían de prestar en sufrir las vistas de la nueva torre, y la obediencia debida á la Iglesia.

Así se cumplió. Hoy se ven las referidas figuras en aquellas dos esquinas, sirviendo como remate á dos medias pirámides que arrancan de la base de las mismas ochavas.

(2) No desagradará al lector una noticia sumaria de los principales conventos y de las casas de los Órdenes militares establecidas en Córdoba después de la reconquista, con expresión de los años en que se fundaron, sitios en que se establecieron, y personajes que á ello cooperaron.

van ya de su original belleza: la cual se deduce de algunas escasas reliquias que ni el tiempo ni la ignorancia con su acción corrosiva han logrado destruir. Con algún trabajo, sin embargo, puede el pensamiento entresacar y reunir muy preciosos frag-

Fueron antes que otros atendidos los *padres de Sto. Domingo*, que acompañaban al ejército del santo rey confesando y auxiliando en todo á los soldados. Dióseles en 1236 solar espacioso junto á la *puerta del Hierro* para fundar el convento de S. Pablo:

Siguieron los *padres de S. Francisco*, instalados por el mismo rey, no se sabe en qué año, fuera del antiguo muro divisorio (*cerca de la puerta de la Pescadería*, dice Feria, M. S. citado); no lejos del convento de S. Pablo en la misma calle de la Feria.

Luégo vinieron los *Trinitarios Calzados* (en 1236). Dióles el rey, además del solar donde permanece hoy todo desfigurado su convento, la milagrosa imagen de Nuestra Señora de los Remedios, hallada por los mozarabes cautivos.

Vienen después: *Nuestra Señora de la Merced*, de época incierta, fundado extramuros en la antigua ermita de Sta. Eulalia. — S. *Agustín*, establecido en 1296 en los Visos; luégo por bula pontificia (en 1312) entraron sus religiosos en la ciudad, y estuvieron en el Alcázar hasta el 1325, en que D. Alfonso XI, para ampliar su Palacio, los estableció donde se ve su convento ahora. — Los *santos mártires Acisclo y Victoria*, monasterio de benedictinos, erigido sobre la basilica antigua de los mismos santos (en 1297) por el P. Fr. Rodrigo de Ordóñez, conventual del de S. Pedro de Gumiel. Contribuyó á su fábrica el rey D. Fernando IV. Desierto desde el año 1527 por haber ido faltando los Cistercienses que lo poblaban, fué cedido en 1530 á los padres Dominicos del monasterio de Scala Coeli, los cuales lo reedificaron. El rey Felipe II, noticioso de que su iglesia amenazaba ruina, dió una copiosa limosna para restaurarla. Eran sus patronos los condes de Torres-Cabrera. — S. *Francisco de la Arrizafa*, fundado en 1417 por D. Fernando de Rueda, extramuros de la ciudad, al pié de la Sierra, en la famosa Ruzafa de Abderrahmán I. Eran sus patronos los condes de Hornachuelos, señores de la Albayda. — S. *Jerónimo de la Sierra*, erigido por el obispo González Deza (en 1408) en el alcor de la Sierra, en el sitio llamado Valparaíso, en terreno cedido sobre el campo de *Córdoba la vieja* por D. Martín Fernández de Córdoba, alcaide de los Donceles, y su piadosa madre D.^a Inés de Pontevedra. La ciudad de Córdoba dió á los padres Jerónimos las ruinas del castillo de *Córdoba la vieja* para que las aprovecharan en la edificación de su monasterio. — S. *Francisco del Monte*, fundado (en 1394) en la Sierra por Martín Fernández de Andújar, caballero de Córdoba, en una heredad suya, á petición de D. Enrique III y la reina D.^a Catalina; y trasladado al sitio que hoy ocupa en 1413. En uno de los altares de su iglesia se veneraba la imagen de *Nuestra Señora de la Esperanza*, hallada entre las ruinas del famoso y antiguo monasterio Armilatense. El arco de la portería de este convento estaba sostenido por dos columnas de jaspe blanco, que según tradición fueron sacadas de las mismas ruinas. — Y siguen otros de no poca importancia fundados en los siglos xvi y xvii.

Las Órdenes militares se instalaron en Córdoba en el año 1237. La de S. *Juan de Jerusalén* en una mezquita de la Almedina (hoy S. *Juan de los Caballeros*): — la de *Santiago* en un solar de la calle de Sta. Ana (también en la Almedina). No sabemos cuál sea; — la de *Calatrava* en las *Tendillas de Calatrava* (hoy *casa de la Encomienda*, donde se conservan preciosos fragmentos arábigos); la de *Alcántara* en las

mentos del interesante período del siglo XIII al XVI, y formar con ellos un pequeño museo fantástico de la arquitectura religiosa y monástica en Córdoba. Veamos, lector amigo, de agruparlos brevemente haciendo abstracción de las edificaciones insignificantes en que están perdidos.

Mira desde la plaza de S. Salvador aquella fachada angular que sobre los modernos tapias de S. Pablo descuella. Las atrevidas restauraciones que desfiguraron el templo por dentro, han respetado ese sencilló paredón del siglo XIII; en su vértice hallarás, metida aún en su nicho, una linda estatuíta de Sto. Domingo, que sin duda por estar muy alta se ha librado de la injuriosa brocha de los embadurnadores.—Igual suerte ha tenido la portada del norte de este mismo templo, y lo debe quizás á estar oscurecida en un patinillo del convento. Desde éste se registra cómodamente la obra antigua con su alero de canes carcomidos, y el ábside octógono que forma la capilla de Nuestra Señora del Rosario, del siglo XV.—Nada más gracioso que la combinación de nervios de la bóveda de esta capilla, cuya forma de estrella cuadra tan perfectamente á una de las advoca-

casas de Seneca (hoy religiosas del *Corpus Christi*), en la Almedina, cerca del muro divisorio. Se fundó como convento hospital y oratorio de la regla de S. Benito, y conserva hoy su memoria la cuesta de este nombre;—el *Orden Teutónico* en la calle de la Madera, en la Almedina. Se extinguió este Orden en España en 1310, y en el año 1481 su casa convento de Córdoba estaba ya arruinada;—el *Temple* en la Ajarquía, en un solar contiguo á la parroquia de Santiago. De sus casas sólo existen insignificantes reliquias en la calle llamada *del Claustro*.

Los conventos de religiosas más notables eran: el de S. *Clemente*, fundado por D. Alonso X en 1261 en una huerta suya, en la Ajarquía, y luégo por el mismo rey trasladado á Sevilla;—el de *Sta. Clara*, fundado en 1264 por el arcediano Díaz Sandoval en la iglesia de Sta. Catalina (antigua basílica de S. Jorge: luégo mezcquita). Para ampliación de su fábrica, compró el fundador al infante D. Luís las casas labradas por su padre S. Fernando para Juana de Poitiers;—el de *Sta. Maria de las Dueñas*, del Cister, fundado en 1372 por el señor de Luque D. Egas Venegas en sus casas propias (colación del Salvador);—el de *Sta. Cruz*, fundado en 1465 en las casas de su morada (colación de S. Pedro) por el P. Fr. Francisco Miranda, en nombre de los señores Pedro Gutiérrez de los Ríos, veinticuatro de Córdoba, y Teresa Zurita, su mujer, quienes ofrecieron costearlo para que Dios sacase con vida al Pedro Gutiérrez de las justas que iba á mantener con Suero de Quiñones sobre el paso de los peregrinos por el puente de Orbigo;—el de *Sta. Marta*, edificado en 1468 por el P. Fr. Pedro de Córdoba en las casas de Cárdenas (donde aún subsiste).

ciones más ideales que da á Nuestra Señora su santa letanía.— Los Padres de Sto. Domingo han sido los principales propagadores de una devoción muy acepta á la Madre virginal de Jesucristo; y la huerta de su casa en Córdoba es todavía célebre por la planta que allí sembraban, de la cual recogían la frutilla redonda llamada *lágrimas de Moisés*, excelente para cuentas de rosario. Hacíanlos en tan gran cantidad, que cargando con ellos un jumentillo, los iban repartiendo por los pueblos.

En esta capilla de Nuestra Señora del Rosario está sepultado el maestre de Calatrava y Alcántara D. Martín López de Córdoba, criado del rey D. Pedro, que habiéndose hecho fuerte en Carmona contra los parciales de D. Enrique, fué por éste mandado decapitar en Sevilla (A-D. 1370).

Observando cuidadosamente esta iglesia de S. Pablo, es fácil reconocer que sus tres naves primitivas arrancaban desde el mismo muro del imafrente y formaban cinco grandes arcos ojivos á cada lado.—Al fin de la nave de la Epístola hay una puerta con espaciosa escalinata, por donde se baja á la sala capitular: contiguo á esta, un recinto que cubre una cúpula árabe octógona, decorada con ocho fajas, paralelas de dos en dos, enlazándose bellamente, y al cual se llega por debajo de dos arcos robustos y severos, apuntado el uno, de herradura el otro. ¿Es este edificio anterior á la fundación del convento? Párecelo en efecto; pero ¿cómo comprobarlo no conservándose ninguno de los papeles antiguos de la orden anteriores á la expulsión de los claustrales en el siglo xvi? Sábese por tradición inmemorial que en este sitio hubo cárcel romana, donde imperando Diocleciano, estuvieron encerrados los santos patronos de Córdoba Acisclo y Victoria, primeros mártires de esta ciudad; y en el lugar mismo donde se cree gemían aherrojados, hay en la actualidad una pequeña capilla que mantenían los condes de Oropesa, alguno de los cuales dijo: *la estimo más que todos mis estados juntos*. ¿No pudo la cárcel romana ser después basílica, y ésta durante la irrupción sarracena reedificarse

para mezquita siglos antes de recuperar la ciudad el santo rey?

Acompáñame ahora, calle abajo, al destrozado convento de San Francisco, digno rival en un tiempo del de S. Pablo, y, como él, poderoso antemural del catolicismo por la religiosa orden fecunda en santos que allí se albergaba. Hay en un ángulo de su espacioso claustro bajo, una fuente, cubierta con pequeña cúpula pintada por dentro, que denota grande antigüedad. Los robustos arcos que la sostienen descansan en columnas de fustes y capiteles desiguales, romanos unos, árabes otros. La pintura de la bóveda, casi del todo destruída, representaba la bajada del Espíritu Santo en lenguas de fuego. La pila ochavada de la fuente, y su tazón de forma tosca, sóstenido en cuatro fustes cilíndricos sin ninguna moldura, que son evidentemente trozos de columnas antiguas, parecen reliquias de un bautisterio mozárabe.

Pues vamos ahora á contemplar el arte cristiano del siglo xv con toda la gala de sus cenefas caladas, conopios, agujas y frondarios. Al norte de un patio silencioso y tranquilo que por un gracioso vestíbulo de estilo latino abre paso á un claustro de religiosas, hay una pequeña joya de ese tiempo, que es una portada de iglesia, adornada con todos los caprichos que distinguen la decoración gótica del estilo terciario, y flanqueada de dos elegantes estribos que rematan en agujas prismáticas y pináculos. Lleva sobre el dintel de su puerta un arco apuntado de varias molduras con una ancha y hermosa cenefa de hojas y animales. Sobre el arco apuntado, un conopio, y bajo el tope de éste encaramados dos gimios, como en actitud de ir á saltar sobre el que los mira. Es la iglesia del convento de Santa Marta.

Junto al palacio episcopal, frente á una de las puertas de la Catedral, hay otra perla de este mismo género arquitectónico. Es la fachada del Hospital de Niños Expósitos. Observa las estatuas que coronan su dintel, su noble actitud, el grandioso estilo de sus ropajes; las repisas en que estriban, las caladas umbelas que las cobijan; las cenefas de hojas y anima-

les que contornan sus arcos, que tapizan las agujas de sus estribos.

Mira una feliz combinación de este estilo con el árabe en la casa llamada de D. Juan Conde, que perteneció á la Hermandad del Sagrario; en cuyo frente verás tres lindos balcones, el del centro en forma de ajimez con garbosos calados de crestería y lambel que le contorna.

Y por último observa otra combinación, no menos pintoresca, de estos dos estilos con el greco-romano, en los patios interiores del convento de los santos mártires Acisclo y Victoria, reedificado en tiempo de Felipe II. El patio principal que hoy subsiste, aunque ya muy arruinado, se presenta rodeado de ligera arquería latina de dos cuerpos: el inferior con capiteles dóricos, el superior con capiteles árabes y un antepecho corrido y perforado que conserva restos de azulejos de relieve. Á la parte del río hay un pequeño recinto con la bóveda desplomada y el pavimento cubierto de espesa yerba; y en él una preciosa portadita de ladrillo agramilado, obra de albañilería limpia y hermosa en que se ven mezclados con gracia los tres estilos: es un arco de angrelado menudo, corre sobre él una cornisa romana, y está flanqueado de dos delgadas columnillas góticas. Bien conocemos la falsedad de este estilo mixto y los inconvenientes del sistema de decoración por hiladas horizontales cuando se usa en grande escala en los templos ojivales; pero tiene un no sé qué indefinible, que seduce, aquella especie de juguete arquitectónico, en aquel solitario recinto arruinado, donde el solemne murmullo del río quebrado en la presa de Martos parece arrullar el eterno y feliz sueño de los dos santos mártires hermanos. ¿Será quizá porque el inefable espíritu de paz y concordia del cristianismo se halla como simbolizado en la unión de todos los estilos pasados?

La iglesia de este monasterio debió ser notable por más de un concepto; hoy sólo para angustiar el corazón del que la visita conserva los soberbios escudos de armas de sus patronos

CORDOBA



Hospital de niños expósitos

BIBLIOTECA DE LA ALHAMBRA

en el muro de su presbiterio, y una riquísima techumbre de madera pintada y dorada, de peregrina labor morisca, que tal vez al trazar yo estas líneas será ya vano objeto de tu curiosidad ansiosa. Hoy cerrado al culto, profanado, despojado, convertido en almacén de maderas, ofrece difícil paso á la célebre capilla de los mártires patronos de Córdoba este templo, cuyo pavimento cruzaba de rodillas desde la entrada un monarca tan prepotente como Felipe II cuando iba á venerar las santas reliquias de aquellos (1).

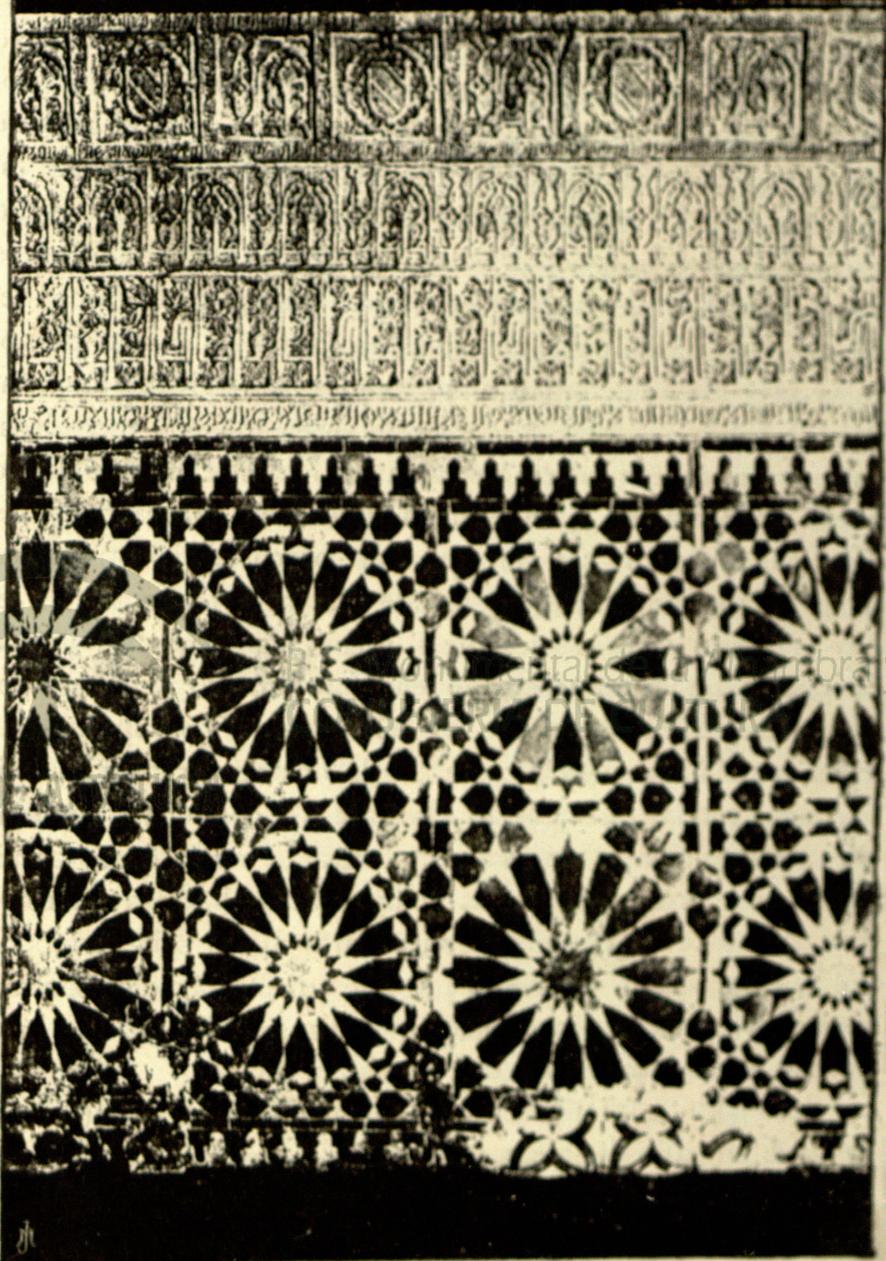
Edificios árabes y moriscos. «Cuando el hagib Almanzor, usurpando al menguado Hixem II su autoridad, gobernaba la monarquía cordobesa, tenía su palacio al norte del Alcázar real, y sus jardines se extendían á todo lo que es hoy *huerta del rey*, entre el *arroyo del moro* y las *heras de la salud*. Ese palacio tenía su correspondiente mezquita, y supónese que esta mezquita subsiste hoy casi intacta por dentro, convertida en capilla cristiana por el santo rey con la advocación de San Bartolomé.» Esto cuenta en Córdoba la tradición vulgar de la llamada *mezquita de Almanzor*, capilla del *Hospital de Agudos*; y sin embargo, este curioso monumento ni fué jamás mezquita, ni formó parte de palacio alguno del poderoso hagib de Hixem II, que ningún escritor árabe dice dónde residió. —La capilla de S. Bartolomé es sencillamente una construcción del siglo XIII, decorada según ese estilo *morisco* que hoy, impropia y abusivamente, han dado en llamar *mudejar* los arqueólogos noveles; y es capilla de hospital desde principios del siglo XVIII en que fundó el que lleva su nombre (del cual forma parte) el cardenal D. Fr. Pedro de Salazar, obispo de Córdoba. —Su exterior presenta una sencilla y elegante puerta de arco apuntado decorado de dientes de sierra, flanqueado de dos esbeltas columnillas que soportan una cornisa con canes de ladrillo, de sabor oriental.

(1) Esto escribíamos hace treinta años: calcúlese qué quedará ya de aquel venerando santuario abandonado á su paulatina destrucción.

Esta portadita, reminiscencia notoria de las de no pocas basilículas del tiempo de S. Fernando, cae dentro de un pequeño vestíbulo de dos ó tres gallardos arcos, abiertos á un patio, en que campea un gran fuste de columna estriada con un soberbio capitel visigodo de gigantescas proporciones.—El interior es una *cella* ó cámara con bóveda ojival de nervios que arrancan de sendas repisas románico-bizantinas. Su decoración forma dos zonas: la primera de alicatado, dibujando entrelazados florones; la segunda de delicada labor morisca, en la disposición siguiente: primero tres fajas de inscripciones de caracteres africanos sobre fondo de ataurique; luégo otra de recuadros con escudos de armas, sin más blasón que una banda diagonal; después un entrepaño menudamente trabajado de lacería, formando estrellas y rosetones, en que alternan escudos y estrellas en escaques; encima una hermosa faja de lazo-laberinto, y por remate almenitas dentadas ornamentales. Las inscripciones en caracteres ya cúficos, ya africanos, sólo contienen, repetidas multitud de veces, estas palabras: *El imperio perpetuo para Allah.—Gloria eterna para Allah.—La prosperidad continuada: el imperio de todas las cosas pertenece á Allah* (1).

Del estilo morisco existen, además de esta mezquita, otros

(1) Declaramos franca y lealmente que cuando visitamos por vez primera este monumento, caímos en el error de clasificarlo como árabe de la época de Almanzor, inducidos por el respeto que nos merecía el autor de la *Palestra Sagrada*, D. Bartolomé Sánchez Feria. El joven arabista y ya erúdito arqueólogo D. Rodrigo Amador de los Ríos, nos ha sacado de él con la razonada historia que en su libro *Inscripciones árabes de Córdoba* ha hecho del origen de la tradición consignada por aquel escritor. Éste, al parecer, no tuvo para ella más fundamento que el dicho de dos suplantadores de memorias epigráficas,— Jacobo Nasar, comerciante-viajero de Constantinopla, y Sidi Ahmed-el-Gacel, embajador de Marruecos,—á quienes siguió dócilmente, suponiendo que las inscripciones arábicas de esta *capilla de S. Bartolomé* habían sido por ellos bien interpretadas.—Habiendo nosotros vuelto á examinar recientemente la decoración de estuco del interior de esta capilla, hemos reconocido que en efecto su estilo corresponde al morisco que, así los moros mudejares, como los cristianos aleccionados por los decoradores moros, practicaron en toda España, pero especialmente en la meridional, desde el siglo XIII en adelante, y blasonando de veraces é imparciales, nos complacemos en tributar al Sr. Ríos este público homenaje de nuestra gratitud por habernos ilustrado acerca de la verídica historia de la mal llamada *mezquita de Almanzor*.



DECORACIÓN DE LA CAPILLA DE SAN BARTOLOMÉ
(DETALLE)

ejemplares de bellísimo carácter. Frente á la parroquia de Santiago hay una casa de humilde apariencia: por encima de sus paredes asoma una gallarda palma; dentro resueñan veinte ó treinta voces argentinas que con unísono tonillo recitan oraciones. En todas partes tiene Córdoba reservadas para el amante del arte gratas sensaciones: ahora las encontramos en una escuela de niñas. Abre ese portal y entra: te hallarás desde luego en un espacioso zaguán, al pié de una galana arquería á cuyos tres vanos hace alegre fondo un fresco jardinillo. El arco del centro es de medio punto: su intrados forma un calado primoroso sobre ataurique picado; los laterales son ojivales angrelados, de finísimo ladrillo: todos están encerrados en recuadros, cuyas fajas perpendiculares descansan en lindas repisas de cuatro cañas horizontales; y sus enjutas descubren, á pesar de las repetidas manos de cal con que han procurado obstruir sus labores, la más delicada filigrana de vástagos y postas. En el piso superior se conservan otros arcos más pequeños y una puertecilla de dintel trebolado en muro macizo y denegrido. Lleva este edificio el nombre de *casa de las Campanas*.—Las niñas que allí aprenden la costura y la doctrina cristiana, familiarizadas con la belleza de aquellos arcos y columnas, no comprenderán tu ansiosa curiosidad, y clavarán en ti como admiradas sus negros ojos. No las compadezcas: la rosa silvestre que nace á orilla de un fragante naranjal no sabe tampoco por qué agrada su sencillez y por qué aquellos árboles son tan hermosos; pero esto no impide que ella sea flor, y que otro terreno menos privilegiado sólo produzca espinos.

Semejante á la arquería que dejamos descrita es otra que se ve en un patio de la casa del *conde del Aguila (plaza de Antón Cabrera)*, con la diferencia de ser cuatro los arcos que la componen, y todos ultrasemicirculares. Descansan en columnas de mármol con capiteles moriscos de selectas formas, todos entre sí diversos. La entrada á este resto de casa, que debió habitar algún tiempo algún personaje de cuenta que tuvo á su ser-

vicio artífices mudejares, es un magnífico arco con un arrabá de florones de tracería rectilínea.

De los novecientos baños públicos que es fama había en Córdoba en los tiempos de su mayor esplendor, sólo dos han quedado, y éstos soterrados bajo otros edificios modernos (1). No creáis que vais á poder templar en ellos el ardor que comunica á vuestra sangre el sol de Andalucía. Los baños árabes de Córdoba no tienen ya pilas, ni albercás, ni agua: figuraos un sótano de bóveda sumamente baja, sostenida en macizas arcadas de herradura, lisas, sin adorno alguno en su paramento, y sobre robustas columnas de jaspe, que contornan un espacio rectangular, cuyo centro ocupaba en otro tiempo un estanque. Lo único que revela su antiguo destino son las lumbreras ó respiraderos que de trecho en trecho atraviesan la bóveda de piedra. Por allí se exhalaban los vapores y los perfumes.

Edificios del Renacimiento. Eran muchos los que dejaron en Córdoba aquellos ilustres caballeros, en ella nacidos, que militaron bajo los dos primeros monarcas de la casa de Austria en Alemania, en Flandes y en Italia: de quienes se propagó el gusto italiano á otros magnates. Hoy la mayor parte de estos edificios están reducidos á sus simples fachadas: el empeño de sus dueños de residir en la corte, los ha tenido abandonados, y por otra parte, la mala calidad de la piedra franca empleada en su construcción, ha contribuído mucho á su pronta ruina. Pero las reliquias de las casas de renacimiento italiano é italo-hispano son en Córdoba tan frecuentes como los fragmentos arábigos y moriscos, como los capiteles, los fustes y las lápidas romanas.—En la plazuela llamada de *D. Jerónimo Páez* está la más notable de estas grandes casas.—Eslo también la de *Villaseca* en la calle de *Sta. Clara*, en cuya portada, de piedra arenisca deleznable, parece ya irónico el sentido del lema *non nobis sed saltem posteris* que lleva al frente. En su patio hay

(1) Cada uno en una calle de las que llevan el nombre del Baño (*alta y baja*).

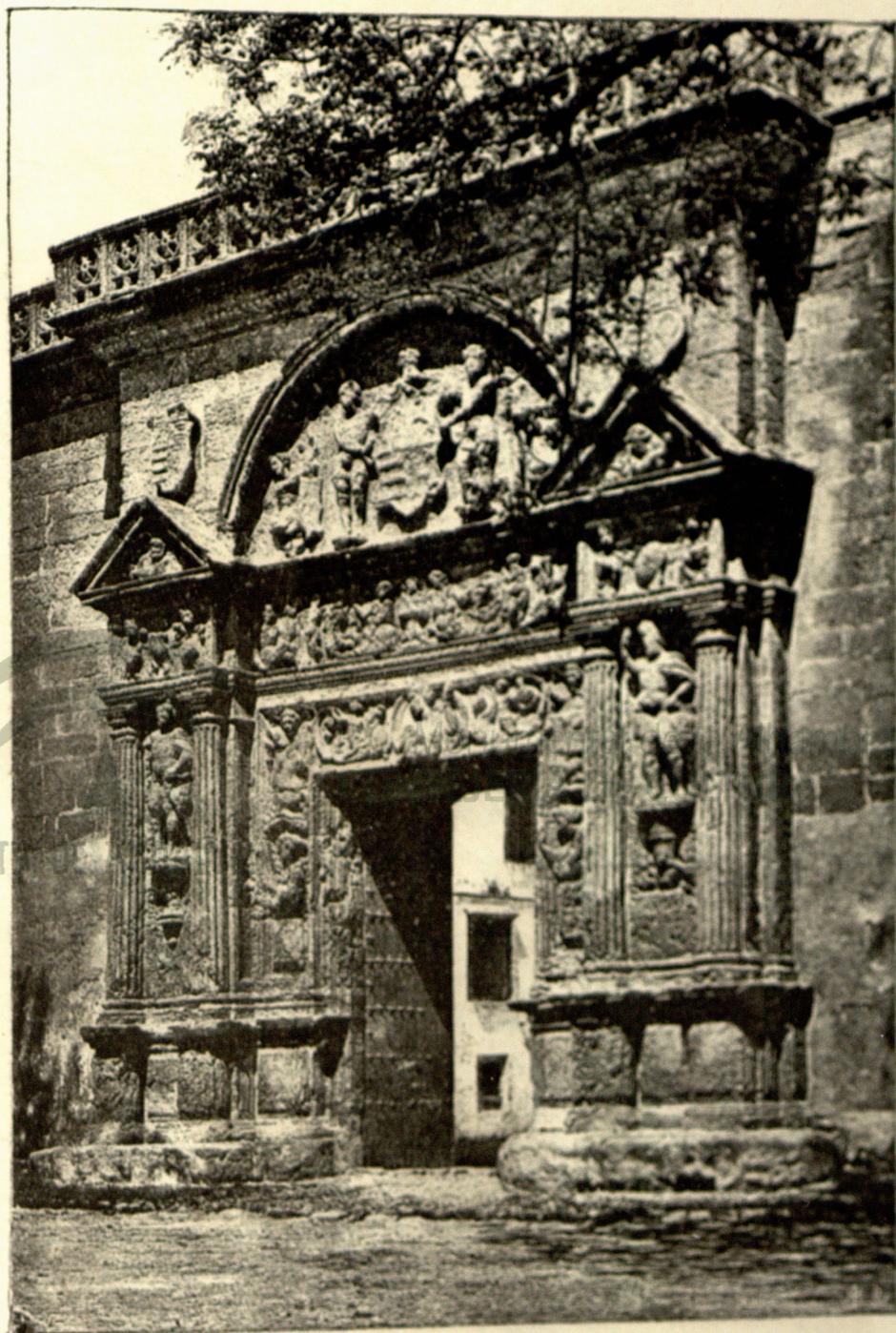
otra fachada de gusto italiano muy selecto, y en ella una galería en cuya base se lee esta otra sentencia que el tiempo ha hecho igualmente inadecuada en su segunda parte: *vivimus sicut altera die morituri, ædificamus quasi semper in hoc sæculo visuri.*

En la calle *del Sol*, entre la parroquia de Santiago y la romántica puerta de Baeza, se conserva el segundo cuerpo de otra bella portada de escuela bramantesca. Es de graciosas proporciones, tiene columnillas estriadas de orden compuesto sobre pedestales adornados con bustos de gran relieve de buena escultura, y lleva en su cornisamento la fecha del 1520, que es la mejor época del arte plateresco.

En la cuesta *del Bailío* hay una buena muestra de aquella feliz combinación de estilos gótico é italiano que usaron algunos arquitectos españoles del siglo XVI.—Dos columnas de estrías espirales flanquean una puerta cuadrangular. De sus capiteles arrancan un arco conopial con frondario y tope, y el lambel que le cobija: entre el dintel y el conopio resulta un tímpano adornado de grutescos realzados, y entre el conopio y el lambel resultan como dos enjutas que llevan círculos también relevados, destinados al parecer á trabajos de escultura, como bustos ó escudos.

De este gracioso estilo del Renacimiento hay otros muchos ejemplares en ajimeces esquinados, en galerías, ventanas, aldabones y otros residuos de construcciones palacianas (1), que vió erigir Córdoba en aquellos días, para ella más afortunados, en que los nobles de su tierra no se desdeñaban de habitar una ciudad de provincia después de haber adquirido fama, riquezas y nuevos blasones en sangrientas campañas de mar y tierra lejos de su patria.

(1) En la calle de *Carniceros*, casa núm. 7, en la de *las Cabezas*, núm. 16, en la de *la Pierna*, en la plaza de S. Andrés: ejemplós que recordamos en este momento; lo que equivale á citar uno entre mil.



CASA DE JERÓNIMO PÁEZ

CAPÍTULO XVIII

Medina-Azzahra



El grande y generoso Abde-r-rahmán An-nasír tenía una concubina que dejó al morir una ingente riqueza, y el califa dispuso que se emplease toda en redimir muzlimes cautivos. Cuentan los escritores árabes que en cumplimiento de este mandato se enviaron pesquisidores á los dominios cristianos, y regresaron á Córdoba sin haber encontrado en las cárceles de *Afranc* (1) un solo islamita.

Después de haber dado gracias An-nasír al Todopoderoso por la señalada merced que esta grata noticia le había revelado, estaba un día pensando qué uso haría de aquel tesoro, cuando se le presentó la hermosa Azzahra, á quien amaba con pa-

(1) *Afranc*, propiamente *Francia*; pero los árabes aplicaban este nombre á todos los dominios cristianos que caían al norte de sus provincias en España; así como llamaban *Andalus* á toda la tierra que ellos aquí señoreaban.

sión, y le dijo: ¿Porqué no edificas con ese dinero una ciudad para mí, que lleve mi nombre? Y An-nasír, que aventajaba á sus ilustres predecesores en magnanimidad y gusto artístico, empezó á edificar desde luego á la falda del *Monte de la novia* (*giebal-al-arús*), á unas tres millas de distancia al N-O. de Córdoba, el soberbio palacio que, unido luego á la ciudad paulatinamente formada á su alrededor, tomó el nombre de la esclava predilecta y se llamó *Medina-Azzahra*.

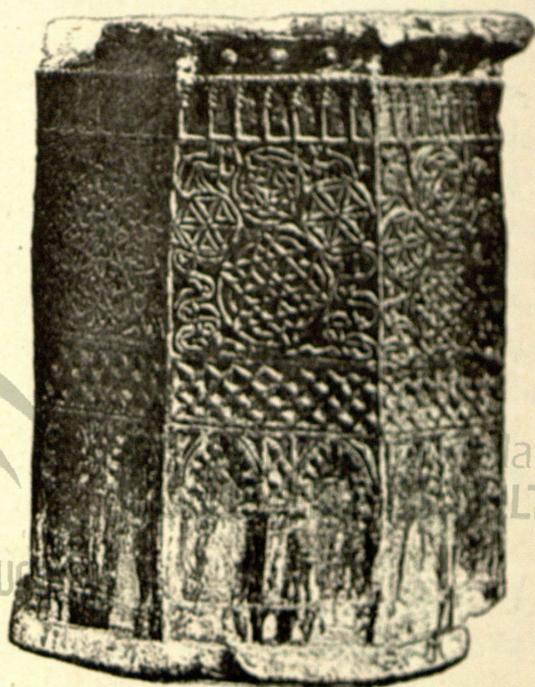
Redujéronse al principio las obras á una elegante casa de recreo para la amada del califa, pero éste se prendó tanto del nuevo edificio y de su deliciosa situación, que pronto se convirtió en vasto alcázar, donde empezó á residir con su familia y mujeres, colocando en desahogadas dependencias toda su servidumbre y guardia. — Era este alcázar de piedra, mármoles y jaspes, de hermosa traza, y por dentro espléndidamente decorado: y la imagen de la esclava lucía esculpida de relieve sobre su puerta principal (1).

Cuentan también las historias arábicas que cuando Azzahra se vió por primera vez sentada junto á su glorioso dueño en uno de los salones de aquella especie de palacio encantado, estuvo largo tiempo recostada en un ajimez contemplando embebecida la bella perspectiva que desde allí se ofrecía á su vista; é hiriendo de repente su imaginación el contraste que presentaba la blancura y alegría de las nuevas construcciones con el sombrío cerro que les servía de fondo, exclamó: ¡Mira, cuán

(1) Ya hemos tenido alguna vez ocasión de advertir que la prohibición alcoránica de aplicar las artes plásticas á la representación de seres animados, se infringía muy á menudo en esta época tan brillante del califato.

Para la descripción de Medina Azzahra que emprendemos, seguimos fielmente las noticias que hemos recogido en las historias compiladas por Al-Makkari, en la *Historia de Almágreb* de Ben Adzari, y en extractos de otras que bondadosamente nos ha comunicado el Sr. Gayangos. De todas ellas hemos formado un conjunto, descartando las especies en que hay contradicciones. Parecerá exagerado este relato, pero si se observa que otras descripciones de aquellas historias (las de la mezquita de Córdoba, por ejemplo) han resultado exactas, tal vez el lector depondrá su incredulidad para admirar solamente tanta grandeza.

linda parece esta doncella en brazos de ese etiope! Oído lo cual, mandó al instante An-nasír que se allanase aquella montaña; si bien, convencido luégo de que esta empresa era superior á todo humano poder, revocó sus órdenes y dispuso que se talasen sus pinares y encinas y se plantasen en su lugar almendros, higue-



BROCAL DE MEDINA AZZAHRA

ras y otros árboles de más grata sombra y más risueño aspecto.

Encomendó An-nasír los planos del palacio de Azzahra al arquitecto más afamado que había á la sazón en Constantinopla, emporio de las artes en aquel tiempo.—Distribuyóse la obra en tres partes ó secciones. La que apoyaba en la misma montaña, para los alcázares del califa: en los cuales se alojaban, además del dueño, 6300 mujeres, entre concubinas de mayor ó menor categoría, criadas y sirvientas, y donde había para

ellas 300 baños. La inmediata, al mediodía, para las viviendas de su servidumbre, eunucos y guardias comprendía 400 casas: los pajes y esclavos que mantenía el sultán en ellas eran 3750, los eunucos y guardias 12000; magníficamente vestidos, con espadas y cinturones dorados; á los pajes se pasaban diariamente 13000 libras de carne, sin contar las gallinas, perdicés y otra volatería, además de muchas especies de pescados. La tercera y más desviada de la montaña, para jardines y huertas que dominaban los alcázares.

Ocupáronse en estas grandes obras desde el año 325 de la Egira (A-D. 936-7), por espacio de muchos años, el mismo Abde-r-rahmán en persona, su hijo Al-hakem, varios arquitectos, y doce artífices cristianos de grande habilidad; y había además tres hombres entendidos comisionados para traer mármoles de África, que eran Abdullah, el inspector principal de las obras, Hasán Ibn Mohammad, y Alí ben Ja'far, á quienes pagaba An-nasír 10 dinares de oro por cada trozo ó fuste de mármol, grande ó pequeño, puesto en Córdoba. — Era tan grande el placer que el califa experimentaba en dirigir por sí mismo las construcciones, que entregado á su pasión de lleno, llegó en una ocasión á faltar tres viernes consecutivos á la azala de la Aljama, y al presentarse el cuarto viernes, el austero teólogo Mundhir ben Sa'id que predicaba aquel día, aludió á él en su plática, y delante de todo el gentío le amenazó con el fuego del infierno.

Gastábanse en la edificación diariamente 6000 sillares de todos tamaños y formas, labrados y sin labrar, sin contar el ladrillo y la piedra tosca empleados en los cimientos: conducían los materiales 1400 acémilas y 400 camellos del sultán y 1000 mulas de alquiler. Cada tres días se consumían 10,000 cargas de cal y yeso. Columnas, grandes y pequeñas, de sostén y de peso, entraron más de 4300, traídas algunas de Roma; 19 de tierra de cristianos, probablemente de Narbona, 140 regaladas por el emperador griego, 1013 de mármol verde y rosa de Car-

tagena de África, Túnez y otras plazas de allende el Estrecho; las demás sacadas de las canteras de Andalus, como las de mármol negro y blanco de Tarragona y Almería, y las de *mármol de aguas* de Raya. — Los operarios y esclavos empleados diariamente eran 10,000; tenían de jornal, unos un adiram y medio, otros dos adiramés y un tercio. — El gasto hecho en las obras de Azzahra ascendió anualmente á 300,000 dinares durante el reinado de An-nasir, y habiéndose formado el cómputo de su costo total en los veinticinco años transcurridos desde el 325 al 350 en que murió el califa, resultó haber gastado en aquellos palacios siete millones y medio de dinares ó pesantes de oro. — Asegúrase que las hojas de sus puertas, de todas dimensiones, eran 15,000, revestidas de hierro bruñido ó cobre dorado y plateado. Sufragóse este inmenso gasto con el tercio de las rentas del imperio destinado á las construcciones y obras públicas (1).

Sería cosa interminable el referir una por una todas las bellezas que el arte y la naturaleza de consuno habían aglomerado en el delicioso recinto de Medina Azzahra: bellezas realzadas con el esplendor de la corte, la muchedumbre de los soldados, pajes, eunuocos y esclavos, de todos países y religiones, costosamente vestidos de seda y brocado, que circulaban por sus anchas calles, y los grupos de jueces, katibes, teólogos y poetas que gravemente paseaban aquellos suntuosos salones, aquellos espaciosos vestíbulos y antecámaras. Había allí, además del regio alcázar, viviendas magníficas para hospedar á los altos funcionarios del Estado, allí acueductos que mantenían con el agua de la sierra en perpetuo verdor las huertas y vergeles, allí jardines con toda clase de flores y boscajes de azahar, de mirto y de laurel; allí sorprendentes juegos de aguas, y fuentes, es-

(1) Las rentas del estado cordobés eran: 5.480,000 dinares de oro de las contribuciones de las provincias; 765,000 de los zocos y mercados de Córdoba; el quinto del botín cogido al enemigo; y las capitaciones impuestas á los mozárabes y judíos, que duplicaban aquéllos ingresos.

tanques y lagunas de todas formas; allí cenadores y deliciosas umbrías en que guarecerse de los ardores del estío. Los historiadores de aquel tiempo, los oradores y poetas, agotaron los raudales de su elocuencia describiendo aquellas maravillas. Cuántos forasteros las visitaban en los días de Al-hakem, cuando ya la nueva población había llegado á su apogeo, confesaban no haber otras semejantes en los vastos dominios del Islám. Los viajeros de lejanas tierras, los príncipes, los embajadores, los traficantes, peregrinos, teólogos y poetas más familiarizados con las construcciones de aquella especie, todos reconocían no haber visto nada comparable en el mundo. Y en verdad que sólo el terrado de mármol pulido que se elevaba en su alcázar al mediodía dominando sus jardines, los pabellones de oriente y occidente que sobre él descollaban, el salón dorado del pabellón circular que ocupaba el centro; sólo las incomparables labores de su arquitectura, la belleza de sus líneas y proporciones, la riqueza de su ornamentación interior, ya de mármol luciente, ya de oro deslumbrador, las columnas de caprichosos jaspes, las pinturas émulas de los más floridos vergeles; sólo su lago de líquida plata, sus cisternas perpetuamente llenas de purísimas aguas, sus preciosas fuentes ornadas de bajo-relieves; cada uno de estos objetos de por sí hubiera sido suficiente para hacer los palacios de Azzahra superiores á los de Bagdad, Damasco y Constantinopla.

Entre sus maravillas se distinguían el pabellón central, las fuentes y la mezquita. Estaba el mencionado pabellón sostenido en columnas de mármol *de aguas*, taraceadas de rubíes y perlas, con capiteles de oro: llevaba el nombre de Salón de los Califas (*Kasru-l-kholafá*), porque en el advenimiento de éstos al trono debía hacerse allí su jura y proclamación. Sus paredes estaban cubiertas de oro y mármoles transparentes de diversos colores; su techo de lo mismo, y pendía de su centro una perla de incomparable tamaño y valor, que entre otros preciosos dones había regalado á An-nasír el emperador Constantino

Porfirógeno. Las tejas de este pabellón eran de plata y oro alternadas. Ocupaba el centro del mágico recinto un estanque de pórvido, lleno de purísimo azogue, que limitaba una arquería poligonal de ocho arcos de herradura de ébano y marfil, incrustados de oro y piedras preciosas, sobre columnas de mármol pulido y cristal. Cuando penetraba el sol por ellos, sólo el reflejo que producían sus rayos en el techo y las paredes bastaba para cegar á cualquiera; así, cuando An-nasír quería intimidar á algún personaje de cuya lealtad no estaba seguro, con una seña que hiciese á uno de sus esclavos, al punto la masa de azogue empezaba á moverse, y sus vívidos reflejos producían en todo el salón unas luces como relámpagos deslumbradores.

Nada más imponente y majestuoso que la jura de un califa ó la recepción de un personaje extranjero en el palacio de Azzahra. En ambos actos se retrata fielmente la tradición oriental derivada desde los prepotentes reyes asirios y babilonios, considerada por todas las gentes que sucesivamente dominaron en el Asia menor como el tipo y la norma de la humana grandeza. En ambas ceremonias el objeto principal es imponer, ofuscar, amedrentar con el espectáculo de un poder formidable y de una riqueza superior á toda fantasía. Por eso estas solemnidades no se celebraban nunca de improviso. — Llégale á un califa la noticia de que un emperador griego, por ejemplo, le manda una embajada (1), y ya empieza á disponer su recibimiento. Al tomar tierra el legado en los dominios de Andalucía, ya los comisionados del califa se apoderan de su persona só pretextando de cuidarle para que nada le falte en su viaje; y le conducen, con poderosa escolta de jinetes armados, á un palacio designado de antemano en las cercanías de la capital, donde dos eunucos cubicularios del rey (funcionarios de elevada categoría en Córdoba, lo mismo que en la antigua corte de Assur)

(1) Véase en Al-Makkari la curiosa descripción de la que envió el emperador Constantino á Abde-r-rahmán III.

encargados del servicio inmediato del sultán y de su harem, se emplean en agasajar al enviado y á su comitiva, vigilando al propio tiempo que nadie, sea noble ó plebeyo, tenga con ellos roce alguno. Para este fin se agregan á los eunucos otros oficiales palatinos y *mawlis* del califa, que con mucha habilidad hacen despejar el campo á los intrusos. Entre tanto el califa se ocupa en el ceremonial de la recepción, va y viene del palacio antiguo al palacio nuevo, dicta órdenes, y señala por último el día de la admisión del extranjero á su presencia. Ya es el pabellón central (1), ya el pabellón de oriente ó el de occidente, el destinado á la augusta ceremonia.

Aparece el salón nueva y lujosamente decorado, y en él un trono, joya resplandeciente de oro y pedrería, que ocupa el sultán. Á su derecha é izquierda, sus hijos: luégo los wazires; luégo los gentiles-hombres, los hijos de los wazires, los libertos del califa, y los wakiles ú oficiales de su servidumbre. El patio del alcázar está cubierto de ricas alfombras y vistosos guadamecies; velas, doseles y cortinajes de lustrosa seda sombrean las puertas y arcadas reflejando en ellas los vivos colores de sus pájaros y ramajes. — Figuraos la recepción del enviado de Constantino al califa An-nasír. Al verse introducido el griego en el magnífico salón, no acierta á disimular su asombro: los de su comitiva le siguen deslumbrados y confusos al acercarse al poderoso sultán que llena con su noble majestad el trono. Pone en manos de éste el enviado sus credenciales (2), y en seguida el faquih Mohammed ben Abdi-l-barr, elegido por Al-hakem al

(1) Ben Hayyán dice que An-nasír recibió al enviado de Constantino en el *pabellón embovedado*, lo cual induce á creer que no había más que un pabellón con bóveda, que probablemente sería el central, llamado también *pabellón circular*, *pabellón dorado*, y *salón de los califas*.

(2) La carta de Constantino al califa (dice Ben Hayyán) venía escrita en vitela azul celeste con caracteres de oro; dentro de ella, en caracteres de plata, una lista de los presentes que enviaba el emperador. La carta tenía un sello de oro de cuatro mitcales de peso, con la imagen del Mesías en un lado, y los retratos de Constantino y su hijo en el otro. Estaba metida en una bolsa de tejido de plata, y ésta en una caja de oro con el retrato de Constantino admirablemente esmaltado: todo encerrado en un estuche con funda de seda y oro.

efecto como orador eminente por su ingenio y elocuencia, empieza una pomposa arenga que tiene preparada sobre el poderío y esplendor del imperio de An-nasír y la consolidación del califato cordobés bajo su reinado. Pero la imponente ceremonia, el silencio de la ilustre asamblea, la deslumbradora luz que rodea al sultán, le turban en medio de su discurso; desfallece su voz, anúdase su lengua, y cae en tierra sin sentido. — Un forastero consumado en la retórica y reputado en Iraca como príncipe de la oratoria, Abú Alí Alkalí, huésped á la sazón del califa, se encarga de sustituir á Mohammed: dirige á los circunstantes varias frases elocuentes; pero faltándole luégo las palabras, enmudece y se retira. — Mundhir Ibn Saíd que advierte la inoportuna conclusión, toma el discurso donde lo ha dejado Abú Alí, é improvisa una peroración brillante en prosa y verso con que deja á todos atónitos y complacidos, y el califa con agradable gesto le demuestra su satisfacción, reservándose premiarle después... Esta ceremonia, cuyo final dejan indeterminado los escritores árabes, quedará también para nosotros entre nubes; y ahora haremos presenciar al lector, en este mismo pabellón, transformado para la ceremonia de la jura de Al-hakem, otra escena que podría figurar dignamente entre los mágicos cuadros de las *mil y una noches*.

Los ocho hermanos del nuevo califa, conducidos á Azzahra entre destacamentos de tropa armada, medio de grado y medio por fuerza, ocupan los dos pabellones de oriente y occidente; otros salones del palacio están llenos de nobles, empleados y cortesanos que esperan con impaciencia el momento de dar el parabién al digno soberano. Al-hakem está sentado en el trono del pabellón dorado: empieza la ceremonia, y entran los primeros sus hermanos, los cuales se acercan á él, leen la fórmula de la inauguración, y prestan el juramento de costumbre con todas sus sanciones y restricciones. Siguen por su turno los wazires, sus hijos y hermanos, los guardias del rey y la servidumbre de palacio. Hecho esto, los hermanos del califa, los wazires y los

nobles, toman asiento á ambos lados del trono, excepto Isa ben Foteys que queda en pié á un lado para juramentar á todos los que van entrando. — En el salón dorado están además los eunucos del sultán, en filas á derecha é izquierda de su señor, todos vestidos de túnicas blancas y armados con espadas; inmediatos á ellos, y formando dos filas sobre el terrado, los eunucos sirvientes, cubiertos de malla y empuñando lucientes espadas. Los eunucos de guardia, con espadas también, y los eunucos esclavones, vestidos de blanco é igualmente armados, se extienden á lo largo del parapeto. Á estos siguen otros esclavones de inferior categoría, y vienen luégo los arqueros de la guardia con sus arcos y aljabas. Próximos á los eunucos esclavones están los esclavos negros, lujosamente uniformados y cubiertos de armas resplandecientes: llevan túnicas blancas, yelmos sicilianos, y al brazo escudos de varios colores, y armas cuajadas de oro. En la puerta de *As-suddah* están los alcaldes del alcázar, y junto á ella la guardia de á caballo de esclavos negros, que se extiende hasta la puerta de *las cúpulas* (*babu-l-akabá*). Continúa la formación la guardia de *maulís* ó libertos del califa, también de caballería, y el resto del ejército y de los esclavos y arqueros la prolongan sin interrupción hasta la puerta de la ciudad que sale al campo. Terminada la ceremonia, el pueblo se retira, y los hermanos del califa, los wazires y los otros dignatarios permanecen en el palacio, para conducir á Córdoba el cadáver de An-nasír y darle sepultura en el cementerio de los califas (1).

Pues ya que insensiblemente nos hemos convertido en narradores de las ostentosas ceremonias de la corte de los Umeyas en Azzahra, justo será, antes de pasar á describir las demás bellezas artísticas de este palacio, evocar aquella majestuosa escena de la recepción del rey D. Ordoño IV de Galicia, cuando fué á solicitar del mismo califa Al-hakem auxilio y protección

(1) Este cementerio estaba en el recinto de los alcázares de Córdoba.

para recuperar el trono de que le había despojado su primo D. Sancho con la poderosa intervención de Abde-r-rahmán An-nasír.

Después de alojado espléndidamente el augusto huésped en el palacio llamado *de la Noria (An-ná'urah)* en Córdoba, y fijado el día del recibimiento, previas las órdenes competentes para que todas las tropas estuviesen armadas, la guardia real de esclavones lujosamente uniformada, y los Ulemas, teólogos, katibés y poetas, invitados para asistir á la regia audiencia y amenizar la solemnidad con sus arengas é improvisaciones, apareció Al-hakem sentado en su trono en el pabellón oriental del terrado, con sus hermanos y parientes á uno y otro lado, y con los wazires, cadíes, magistrados, teólogos y principales funcionarios, todos sentados por su orden según su respectiva jerarquía. Ordoño, á quien acompañaban los principales personajes cristianos de Córdoba, entre ellos el juez de los mozárabes Walid Ben Khayrún y Obeydullah, hijo de Kasím *Al-matrán* (obispo) de Toledo (1), iba vestido con túnica de brocado blanco y albornoz de la misma estofa, y cubría su cabeza un birrete á la usanza cristiana adornado de costosos joyeles. Llegó á caballo con su comitiva hasta la puerta exterior del palacio de Azzahra, llamada *de las cúpulas*, donde se apearon los que habían salido á recibirle; luégo, en otra puerta interior (*babu-s-suddah*), todos excepto él y su introductor Ibn Talmís recibieron orden de echar pié á tierra. Desmontó á la puerta del pabellón meridional en el edificio llamado *daru-l-jandal*, sobre una plataforma, donde tomó asiento con su séquito esperando se le mandase entrar. Salió un palaciego con el deseado aviso, y Ordoño subió al terrado de los pabellones, y al llegar al de oriente donde el califa le aguardaba, dejó su albornoz, se descubrió la cabeza, y

(1) No nos ha sido posible rastrear el verdadero nombre de este obispo, pues entre los prelados toledanos tampoco hallamos ninguno con el nombre esencialmente arábigo de *Kasim*. Otro tanto podemos decir del obispo que trajo de Asia las dos célebres fuentes del palacio que vamos describiendo, á quien los historiadores árabes llaman *Rabi*.

en actitud de admiración y respeto permaneció un rato como absorto contemplando la majestad y grandeza que tenía delante. Acercóse á la entrada con paso mesurado por entre las hileras de soldados formados en el terrado, y al cruzar el umbral se postró en el pavimento con humildad profunda; luégo dió algunos pasos más, volvió á postrarse, y llegando por último al trono alargó su mano con timidez, y Al-hakem le dió la suya. Retrocediendo después sin volver al califa la espalda, ocupó un asiento cubierto con paño de oro que le estaba preparado, y en seguida fueron admitidos á besar la mano al soberano islamita los condes y demás caballeros de su cortejo, los cuales se acercaron al trono repitiendo sus mismas postraciones, y luégo se sentaron en fila dejando en el centro á su rey.—El juez de los mozárabes que servía de intérprete á Ordoño, cuando Al-hakem rompió el silencio dando al destronado la bien venida, expuso en términos comedidos y con reiteradas protestas de sumisión y obediencia, el objeto de la venida del príncipe cristiano: solicitó para él y su pueblo la poderosa protección del califa, obligándose á reconocerle siempre como su señor feudal si le ayudaba á recuperar el trono, y finalmente, para encarecer lo mucho que confiaba en su poder y justicia, rogóle que, constituido en árbitro de las diferencias de entrambos primos, decidiese á cuál de los dos correspondía en buena ley la corona.—Oyó el califa la petición con agrado, ya porque conviniese á su política favorecer á Ordoño, ya porque hubiese éste acertado á defender su causa con habilidad, y accedió á ella exponiendo como máxima incontrovertible de derecho internacional, que el haber sido bien recibido D. Sancho por su padre Annasír no era una razón para que él desairase á D. Ordoño.—El desposeído príncipe reiteró lleno de agradecimiento sus humildes postraciones, ensalzando con exclamaciones de entusiasmo la generosidad y gloria de su protector. Retiróse en seguida, y los eunucos le condujeron al pabellón occidental, ante cuyo trono desierto volvió á prosternarse con gran respeto, no acertando á expresar su lengua el

deleite que en su semblante atónito se pintaba cada vez que fijaba los ojos en aquella riqueza sin igual, en aquellas incómparables obras del arte y de la naturaleza.—Del pabellón occidental le llevaron á otra pieza que caía al norte del mismo, donde le hicieron sentar en un almohadón de brocado de oro. Presentósele allí el *hagib* (1) *Fa'far Al-mus'hafi*, y después de conversar con él algunos instantes confirmándole en la gracia y buena amistad de su señor, hizo le trajesen una vestidura de honor que el califa le regalaba. Consistía en una túnica de tisú de oro y un albornoz de lo mismo, con un cinturón de oro purísimo sembrados de perlas y rubíes, tan gruesos y bellos que no sabía el rústico cristiano quitar de él los ojos mientras el oficioso *hagib* le endosaba la rica vestidura. Los condes y caballeros de su comitiva recibieron también trajes proporcionados á su calidad, y todos juntos salieron después del alcázar con grande humildad y reconocimiento. Al pié del pabellón central, donde se había apeado, le esperaba una nueva sorpresa: había mandado el sultán que le dispusieran un caballo de regalo lujosamente enjaezado con silla y brida cuajadas de oro bruñido. Montó en él bendiciendo su buena estrella, y se alejó con los suyos del encantado recinto de Azzahra para ir á descansar de aquellas fuertes emociones en el palacio donde estaba hospedado.

Hemos dicho que las fuentes eran uno de los principales ornatos de aquellos alcázares. Ben Hayyán asegura que nada había comparable á las dos que trajo de Asia para An-nasr. Ahmed el griego, tanto por su exquisito trabajo como por el valor intrínseco de su materia. Eran desiguales en forma y tamaño: la mayor, de bronce dorado, con bajo-relieves de figuras humanas bellamente esculpidas, y la condujeron desde Constantinopla á Córdoba el referido Ahmed y el obispo Rabí. La menor era de mármol verde, y fué adquirida en Siria, y se con-

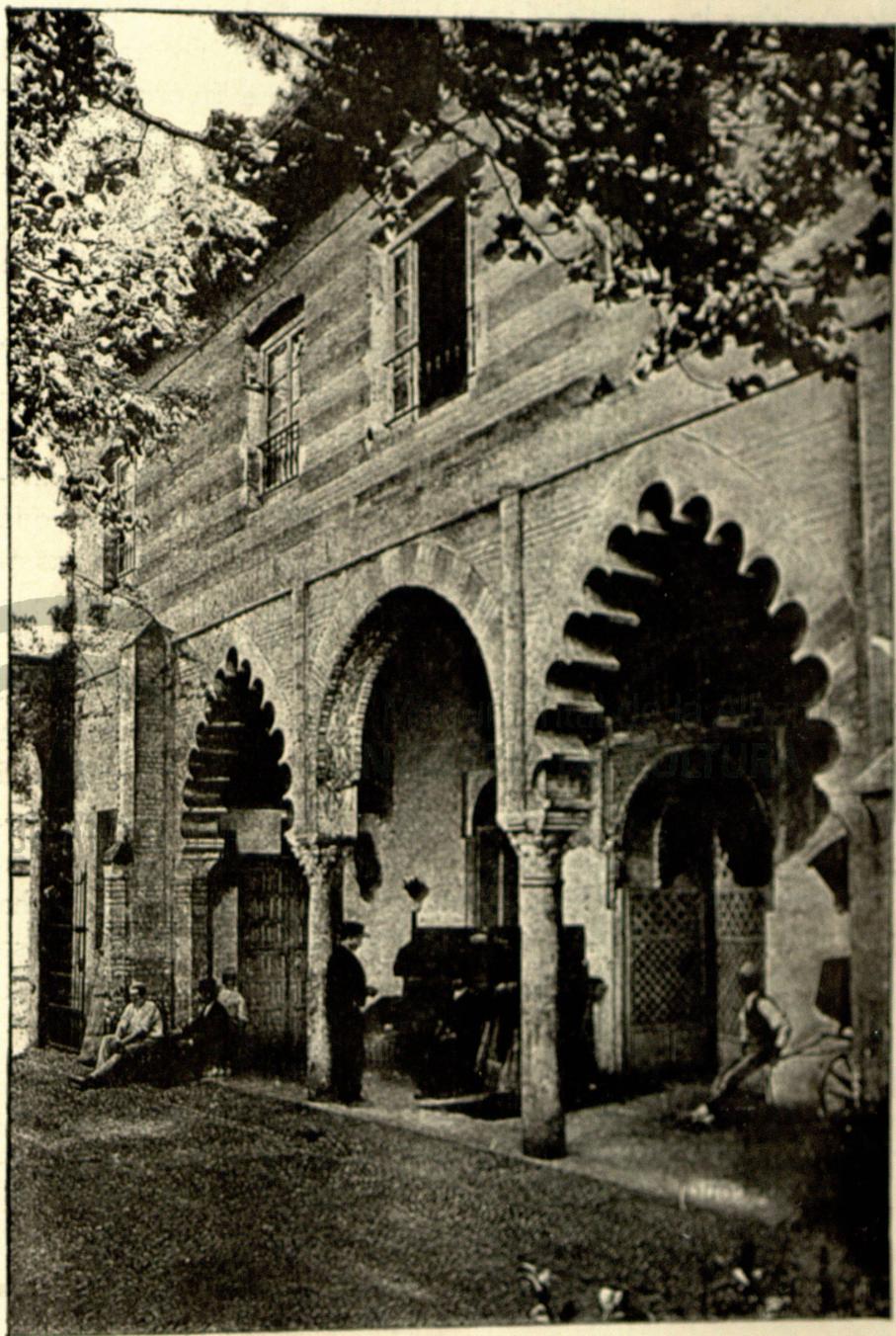
(1) El *hagib* de quien hablamos no era el primer ministro del mexuar ó consejo del califa, sino simplemente uno de sus *camareros*. Este cargo cambió bajo los últimos Umeyas, cada uno de los cuales tenia un gran número de *hagibes*.

sideró por todos los inteligentes como un verdadero prodigio del arte. En cuanto llegó á poder del califa, dispuso éste que fuese colocada en la alcoba ó dormitorio del pabellón oriental, conocido por *el salón de la familiaridad y del solaz*, y mandó agregar á su ornato doce figuras de oro bermejo incrustadas de perlas y exquisita pedrería, labradas en los talleres reales de Córdoba, representando diversos animales. Pusieron en ella un león entre un antílope y un cocodrilo; al lado opuesto un águila y un dragón, y entre ambos grupos una paloma, un halcón, un pavo real, una gallina, un gallo, un milano y un buitre. Todos estos animales eran huecos y vertían en el tazón de la fuente chorros de agua cristalina.

La mezquita de Azzahra, templo de estupenda estructura, preciosamente labrado en todas sus partes, de noventa y siete codos de largo de la *algufia* á la *quiblah* sin contar el Mihrab, y de sesenta y uno de ancho, fué obra de cuarenta y ocho días, habiendo An-nasr empleado en ella diariamente mil obreros entendidos, de los cuales trescientos eran albañiles, doscientos carpinteros, y los demás canteros, escultores, doradores, esmaltadores, mosaicistas, pintores, estucadores, tallistas, herreros, bronceístas, etc.—Contenía cinco naves, la central de trece codos de anchura, las demás de doce, y un patio de cuarenta y tres codos de la *algufia* á la *quiblah*, enlosado de mármol rojo, en cuyo centro había una fuente que vertía sin cesar un agua purísima. Tenía esta mezquita una zomá ó alminar cuadrado de cincuenta codos de altura. En la Maksurah, de construcción y ornamentación maravillosas, había un púlpito ó mimbar de sorprendente riqueza.

Poco duraron los palacios de Azzahra. Desde el año 961 de J. C., en que murió su glorioso fundador dejándolos terminados (1), hasta la triste época en que comenzó con la extinción de

(1) Durante el reinado de su hijo Al-hakem (del 961 al 976 de J. C.) se hicieron en Medina-Azzahra otras muchas construcciones; pero en los alcázares y jardines no había nada que hacer.



El MOLINO

los Amiritas la guerra civil en el Califato cordobés entre los bereberes y andaluces, entre Suleymán y Almuḥdi, no transcurrió medio siglo. Los dos rivales, alternativamente favorecidos por el conde de Castilla Sancho Garcés, talaron uno tras otro el campo y la sierra cuando se vieron vencidos y precisados á dejar la ciudad; pero los bereberes de Suleymán fueron más feroces que sus contrarios, redujeron á cenizas la mágica población de Azzahira, pocos años antes delicia del hagib Almanzor, y entrando en Azzahra (año 1010), la saquearon después de haber pasado á cuchillo á sus moradores. Permanecieron en ella algunos meses, y luégo la evacuaron para extender sus terribles correrías por toda la tierra circunvecina, donde talaron las mieses, incendiaron las granjas, y no quedó un solo caserío en que no estampasen su destructora huella. En aquella gran devastación, los habitantes de la campiña se refugiaron en Córdoba con lo que pudieron salvar de sus haciendas, huyendo de la furia de aquel animado torbellino y hubo de resultar hambre en la ciudad. Y cuentan las historias árabes que habiendo cundido la asoladora plaga por todo el norte de Andalus, sólo Toledo y Medinaceli se libraron de la ruina, quedando tan despoblada la provincia, que podía un viajero andar por ella á caballo dos meses seguidos sin encontrar alma viviente. Aunque maltratada por tan deshecha tormenta, debió quedar en pié al abrigo de la Sierra la preciosa flor (1) plantada por An-nasír para otra flor la más querida de su harem.

Un rey cristiano (2) prendado de ella, confiado en el prestigio de sus victorias y en el abatimiento del Islam, la pidió para su esposa á su nuevo dueño el régulo de Sevilla. Dos cosas demandó el conquistador castellano á Almu'tamed: que le diese á Medina-Azzahra para residencia de D.^a Constanza que iba en su compañía, y que le dejase libre una parte de la Mezquita Aljama

(1) *Azzahra* viene de la palabra árabe *zahra*, que significa *flor*.

(2) D. Alfonso VI, conquistador de Toledo.